

La luz de la Edad Media. La historia de la ciencia medieval

SEB FALK

Traducción de Claudia Casanova.

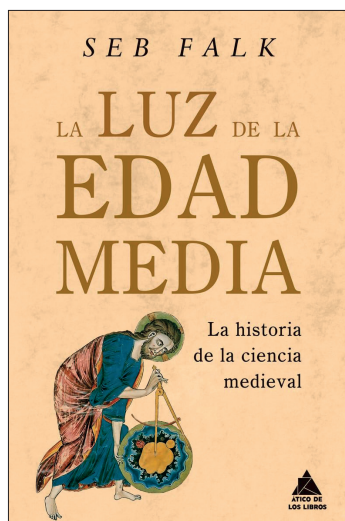
Barcelona, Ático de los Libros 2025 (segunda edición), 426 páginas

ISBN: 978-84-19703-62-0. PVP: 25,60 €

Se ha venido repitiendo de una manera bastante recurrente que la Edad Media fue una época oscura, de sombras, tenebrosa; esos son algunos de los calificativos que podemos leer cuando nos acercamos a los libros que se interesan, desde diferentes puntos de vista, por este periodo histórico. Da igual el aspecto estudiado del Medievo para considerarlo un erial. Y desde el punto de vista científico es aún más censurado. Parece que es un periodo “perdido” de la historia de la humanidad, también para excelentes historiadores, para grandes científicos, para divulgadores eminentes de cualquier rama del saber e incluso para grandes intelectuales y estudiosos de la historia de la ciencia.

Como afirma Seb Falk, autor de *La luz de la Edad Media. La historia de la ciencia medieval*, que trabaja como investigador en el Girton College de la Universidad de Cambridge: “Los eruditos, deseosos de dividir la historia de la humanidad en cómodas porciones, dispusieron de una etiqueta tan conveniente como evocadora que, además, les brindaba un enemigo contra el que distanciarse y, por ende, definirse” (p. 12).

Aunque en los últimos lustros los prejuicios sobre la lúgubre Edad Media han disminuido ligeramente, todavía hay excelentes libros que repiten sin fundamento lo que otros NO han pensado. Sin embargo, hace muchos años, ni Chesterton se acomodó, en su faceta intelectual, a esta manera de considerar ese milenio, ni nuestro Juan Vernet aceptó esa máxima en su magnífico libro *Lo que Europa debe al Islam de España*. No obstante, David Wootton llevó a la imprenta hace pocos años un libro excepcional, *La invención de la ciencia*, en la que la ciencia no aparece hasta los últimos años del siglo XVI.



La luz de la Edad Media consta de siete capítulos, un prólogo y un epílogo excelentes, los agradecimientos, unas notas al texto, un índice onomástico y unas lecturas complementarias en libros accesibles y en páginas web con obras académicas de acceso gratuito. Asimismo, hay numerosas ilustraciones y esquemas en blanco y negro y unas pocas imágenes a color. Son imágenes de manuscritos, instrumentos y esquemas que son de gran ayuda para la comprensión de ciertas partes de la obra de espe-

cial dificultad. Finalmente, es necesario resaltar que en el libro hay unas importantes anotaciones de la traductora, Claudia Casanova.

Seb Falk se sumerge en aspectos científicos y tecnológicos utilizados en la época medieval para desmentir las tinieblas de un periodo considerado “cubierto de oscuras nubes, o más bien de una espesa niebla de ignorancia”, en frase de William Camden (historiador de los siglos XVI y XVII) que trae a colación. Aunque, como se puede leer en esta historia de la ciencia medieval, “la ciencia y la innovación no eran desconocidas en los monasterios occidentales” (p. 90).

En la obra se recorren numerosos aspectos de la ciencia y técnica medievales con algunos momentos en los que se necesita una lectura muy pausada para comprender los entresijos de los saberes del Medievo, para entender muchos aspectos de la astronomía, matemática y trigonometría de esa etapa histórica. El autor consigue “contar la historia de la ciencia medieval, menos como parte de la larga historia de la ciencia desde la Antigüedad hasta nuestros días y más como parte de la vida y cultura medievales” (p. 337).

En *La luz de la Edad Media*, de una forma bastante original, se utiliza como punto de partida la obra de John de Westwyk, astrónomo y monje de finales del siglo XIV que estaba en el monasterio de Saint Albans, el más significativo de Inglaterra, donde se encontraba el reloj astronómico que fuera construido por Richard de Wallingford y que era el más importante del orbe.

La historia empieza en la biblioteca del College de Peterhouse, en la que el profesor Derek Price descubre un manuscrito del Medievo que lleva por título *Instrucciones para fabricar un astrolabio*. En el documento aparece el término “chauc”, que el investigador identifica como el poeta satírico inglés del siglo XIV Geoffrey Chaucer y al que se le podía asignar la autoría del manuscrito.

El empeño de Price por descubrir al autor responsable del documento (que había renombrado con el título de *Equatorie of the Planetis*) no le acompañó mientras vivió. Falleció este profesor y la investigadora noruega Kari Anne Rand, en la década de los 90 del siglo XX, encontró otro manuscrito cuya caligrafía era la misma que la del investigado y que estaba rubricado por “Dompnus Joannes de Westwyke”, un monje benedictino del siglo XIV.

En esta historia de la ciencia medieval se nos muestran no sólo los aspectos científicos y técnicos de la vida del monasterio y de sus habitantes, sino que se vislumbra claramente la relación de los religiosos con su entorno: “Los asuntos del claustro no estaba aislados de la vida secular, y los monjes tenían tratos cotidianos con los laicos, desde la obtención de alimentos hasta la acogida de peregrinos” (p. 186). La religión no suponía impedimento alguno para el progreso de la ciencia y es que los cristianos del Medievo respetaban otras creencias e incluso las asumían para su acervo cultural e incluso había mandatos de los superiores en cuanto a la formación de los monjes: “En 1336 el papa, para intentar mejorar el nivel del aprendizaje monástico, pidió a los monasterios que enviaran a uno de cada veinte de sus

monjes a cursar estudios superiores” (p. 100) y, además, todas las autoridades religiosas establecieron pautas precisas sobre el cuidado de los libros.

La medida del tiempo no es fácil, pero la necesidad de cronometrar hizo que los monjes conocieran las propiedades del astrolabio, considerado el “instrumentos científico medieval por antonomasia. Representaba la vanguardia del conocimiento científico” (p. 115). En *La luz de la Edad Media* se nos muestra que se utilizaban las estrellas para regular los tiempos de oración de manera que “la religión se apoyó en la ciencia y, a su vez, impulsó su progreso” (p. 59); se contempla la influencia de los astros en nuestro planeta porque los monjes eran estudiosos de la astrología; también se aborda la movilidad de los manuscritos que se llevaban de un monasterio a otro y “si los monjes encontraban un texto útil, ya fuera sagrado o científico, podían copiarlo en un espacio libre, sin importar la lengua” (p. 231).

La influencia de los autores clásicos, griegos y romanos, en el pensamiento medieval llegó a tener tanta importancia que cuando en un estudio médico se escribía G. todo el mundo sabía que se estaba refiriendo a Galeno. No obstante, no eran los sabios de la Antigüedad los únicos que se leían y así los escritores médicos del mundo islámico fueron muy reconocidos: Rhazes, Averroes y otros, aunque especialmente Avicena, cuyas obras, traducidas por Gerardo de Cremona, fueron referencia obligada de los estudios médicos durante mucho tiempo y, como muy bien demostró José María López Piñero, la influencia en los saberes médicos fue de ambos, esto es, era un galenismo parcialmente modificado por Avicena; por eso hablaba este gran historiador del galenismo avicenista. Hay que tener en cuenta, como muy bien nos recuerda Falk, que “el respeto por el saber antiguo y el estudio de los textos antiguos no era nada nuevo en el siglo XV: era una característica clave de la Edad Media” (p. 329).

En *La luz de la Edad Media* hay numerosas alusiones a la España de la época. Y así, entre otras referencias, se cita el monasterio de Ripoll, donde se tradujeron del árabe obras sobre instrumentos astronómicos para un público cristiano latino” (p. 64); se escribe que en el siglo XIII unos artesanos de Alfonso X diseñaron un mecanismo de reloj que utilizaba mercurio; se resalta que el oscense del siglo XI Pedro Alfonso, judío converso, escribió sobre astronomía y “una muy difundida defensa del cristianismo frente al islam y el judaísmo” (p. 91); se citan varias veces las muy estudiadas *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla; se destaca la importancia de Toledo como centro de traducción; se valora cómo Richard de Wallingford, superior que fue de la abadía de St. Albans, utilizó en su tratado de trigonometría el “trabajo de Jabir ibn Aflah, un musulmán que vivió en la Sevilla del siglo XII” (p. 201); se subraya la importancia del *Atlas catalán* de 1375; se cita la calidad de las *Tablas toledanas* de Azarquiel, “el más importante de los astrónomos musulmanes occidentales” (p. 280); etcétera.

La lectura del texto de Falk lleva considerar la ciencia medieval como una disciplina coral, en la que intervienen numerosos actores que no descuellan individualmente pero que realizan numerosas aportaciones, casi continuamente, que forman parte del avance de una mentalidad, de una forma de acercarse a los conocimientos más técnicos.

En resumen, *La luz de la Edad Media* es una excelente obra de historia de la ciencia de alta divulgación que aproxima a los lectores a la tarea de eliminar conceptos que están inmersos en el pensamiento de la sociedad, porque pocos son los investigadores que se han ocupado de esta época en la que, como vislumbró Chesterton hace más un siglo, es la de creación y fundamentación de nuestra cultura moderna (no me atrevo a escribir actual).

Francisco Teixidó Gómez
teixidogomez@telefonica.net.